

ENTENDER DESDE EL CORAZÓN: *SAPIENTIA AMORIS*

Tras un tiempo largo de preparación, finalmente ve la luz el primer libro de una nueva colección que pretende nada menos que acompañar la formación teológica de un sector eclesial particularmente querido como es el mundo claustral¹. Quisiera comenzar con una afirmación de provocación escéptica sobre lo que finalmente ha visto la luz con esta nueva colección de manuales teológicos orientados a la vida contemplativa, *Sapientia Amoris*. ¿No es acaso una iniciativa que está de más, que no sirve para quienes han recibido en la Iglesia una vocación que aparentemente no exige una especial preparación teológica? ¿No sería mejor proponer un camino sencillo de piedad humilde y esencial, evitando así complicar la vida de los claustrales, monjes y monjas, a los que tal vez les calentemos la cabeza y les enfriemos el corazón?

1. ¿PARÍS CONTRA ASÍS? ¿SABIDURÍA CONTRA LA SENCILLEZ?

Estando así con este frontispicio crítico, me ha venido a la memoria esa misma cuestión dentro de mi propia familia religiosa, porque ha sido una especie de “clásico” durante tanto tiempo. Efectivamente, en el franciscanismo ha supuesto un inmenso debate durante las primeras generaciones de los discípulos de Francisco y Clara de Asís, entre quienes consideraban los estudios un atentado a su vocación de Jesucristo, y quienes veían en ellos un camino de crecimiento y maduración². Es una especie de falso dilema, cuando se opone la sabiduría a la simplicidad³. Lógicamente, la historia de esta Orden nos permite entrever cómo cuando ambos datos del binomio en cuestión –la sabiduría y la simplicidad– se han vivido no como complementariedad sino como arma arrojadiza, es decir, cuando se ha tratado de combatir la sabiduría con la simplicidad y viceversa, los franciscanos hemos escrito nuestras peores páginas por lo que ha supuesto de enfrentamiento fraterno y de empobrecimiento cultural y teológico⁴. Por eso vale la pena que digamos una palabra sobre cómo estamos llamados a vivir esa síntesis que lejos de pervertir o traicionar el carisma recibido del Señor a través de aquel hombre sabio y sencillo que fue Francisco de Asís, ha supuesto un enriquecimiento en el sentido más noble y gratuito del término.

Pero esta fue la gran frase con inmensa carga afectiva: «París, París, tú has destruido Asís». Así fulmina y recapitula tal vez el poeta terciario franciscano Jacopone da Todì, indicando lo que para todo el sector de los así llamados Espirituales⁵ significaba la apertura a los estudios en la Orden de san Francisco⁶. Nos podemos preguntar entonces, parafraseando a

¹ Se trata del primer volumen cuya presentación tuvo lugar en Madrid, el pasado 15 de noviembre de 2013, ante los Vicarios y Delegados episcopales de Vida Consagrada y los Asistentes de las Federaciones monásticas de España. Meses atrás se había hecho con las Presidentas Federales. Este primer volumen es: J. SANZ MONTES – L. GROSSO GARCÍA – R. BELDA SERRA, *Sapientia Amoris. Fundamentación teológica y metodología* (Edice. Madrid 2103) 293 págs.

² Cf. J. SANZ MONTES, «“Sancta simplicitas versus sancta sapientia?”». La síntesis de Francisco de Asís», *Verdad y Vida* 236 (2003) 103-122.

³ Cf. J. RODRÍGUEZ CARBALLO, «Los estudios y la vocación de Hermanos Menores», *Verdad y Vida* 224 (1999) 117-146.

⁴ Cf. O. SCHMUCKI, «“Ignorans sum et idiota”. Das Ausmass der schulischen Bildung des h. Franziskus von Assisi», en Aa. Vv. *Studia Historico-Ecclesiastica. Festgabe für Prof. L.G. Spätling* (Antonianum. Roma 1977) 283-310.

⁵ Cf. AA. VV., *Chi erano gli spirituali*. Atti del III Convegno Internazionale (SISF. Assisi 1976).

⁶ Véase al respecto J. RATZINGER, *San Buenaventura. La teología de la historia* (Encuentro. Madrid 2010) 226-230, especialmente la nota 67.

Jacopone si París ha supuesto la traición de Asís, es decir, si la sabiduría de París ha significado la pérdida de la simplicidad de Asís.

Por el contrario, el cardenal Jacobo de Vitry, en uno de los dos sermones que dedicará a los Hermanos Menores, llegará a decirles: «Algunos, más que míseros y estúpidos, buscando esconder su propia pereza, afirman que no es necesario estudiar y que es mucho más seguro que los frailes se mantengan en la humildad de su simplicidad, porque la ciencia hincha y las muchas letras hacen enfermar»⁷.

Los epítetos del entusiasta admirador de san Francisco y de su Orden, nos ponen en guardia con su fina ironía de que también puede darse el desdén hacia el estudio y todo lo que éste significa, no por razones de graves opciones evangélicas de minoridad y sencillez, sino para ocultar la pereza, para escurrir la fatiga del esfuerzo que supone un trabajo hecho con rigor intelectual y con el espíritu del Señor y su santa operación⁸.

La oposición entre lo que significaba París (con su universidad boyante) y Asís (con su memoria simple de la sencillez evangélica) hizo que con esta célebre frase fulminase el poeta terciario franciscano Jacopone da Todi lo que el llamado sector de los Espirituales⁹ veía como alta traición al carisma originario con la apertura en la Orden de san Francisco¹⁰.

Nos volvemos a preguntar si París ha supuesto la traición de Asís, es decir, si la sabiduría de París ha dado como resultado la pérdida de la simplicidad de Asís. O dicho de lo que en esta novedad editorial nos ocupa, si un proyecto de formación teológica podrá llevarse por delante la fidelidad sencilla de tantos hermanos y hermanas nuestros que han sido llamados a la vida contemplativa en sus respectivos claustros. ¿Qué dirían los fundadores y fundadoras de nuestros hermanos claustrales ante semejante novedad editorial y ante tal proyecto formativo recién estrenado? Vayamos por partes.

2. UNA INICIATIVA QUE RESPONDE A UNA DEMANDA

Una iniciativa que responde a una demanda, es decir, tratamos de dar respuesta a una necesidad y no al revés: pretendiendo crear tal necesidad para colocar nuestra iniciativa. Hace años, al volver de Roma donde defendí mi tesis doctoral, fui llamado por Mons. Eugenio Romero Pose, Obispo auxiliar de Madrid, quien en nombre del Arzobispo Cardenal Antonio María Rouco, me propuso dar inicio en la Facultad de Teología San Dámaso de Madrid la docencia sobre la teología de la vida consagrada.

Las no pocas personas que ya frecuentaban nuestra Facultad pertenecían desde sus respectivos carismas a esta forma de vida cristiana que es la vida consagrada. Ellos estudiaban la teología y la filosofía en todas sus vertientes, pero nadie les mostraba como posibilidad el estudio de la vida a la que habían sido llamados. Se corría el riesgo de que lo que trataban en sus estudios no estuviera relacionado con lo que incipientemente iban aprendiendo en sus casas de formación. ¿Cabía un estudio de la vida? ¿Podía leerse teológicamente lo que para ellos era una vocación recibida? Así comencé a impartir una materia amplia y sistemática sobre esta vocación eclesial: la teología de la vida consagrada, tanto en el tercer y segundo

⁷ «Quidam transmiseri et vecordes, pigritiae suae solatium quaerentes, dicunt, quod non oportet studere, sed securius est quod maneant fratres in suae simplicitatis humilitate, eo quod scientia inflat, et multae litterae faciunt insanire» [H. DE LUCERNE, «Jacobi Vitriacensis Sermones ad Fratres Minores», *Analecta Ordinis Capucinarum* 19 (1903) 121].

⁸ Cf. L. IZZO, *La semplicità evangelica nella spiritualità di s. Francesco d'Assisi* (Roma 1971); Por la proximidad que el agustinismo tiene con el franciscanismo también puede verse esta otra tesis doctoral: V. BOSCH, *El concepto cristiano de "simplicitas" en el pensamiento agustiniano* (Roma 2001).

⁹ Cf. AA. VV., *Chi erano gli spirituali*. Atti del III Convegno Internazionale (SISF. Assisi 1976).

¹⁰ Cf. J. SANZ MONTES, «"Alter Christus". Una aproximación a san Francisco de Asís desde la teología de la "sequela-imitatio"», *Communio. Revista Católica Internacional* 18 (1995) 325-350.

ciclo (para los que preparaban su tesis doctoral y licenciatura, respectivamente) como en el primer ciclo (propriadamente llamado institucional).

Otro buen amigo, D. Pablo Domínguez, compañero de claustro académico y secretario general de la Facultad, me propuso a su vez no sólo mantener esta materia, sino ofrecerle en otro horario y quizás con un método más ágil y divulgativo, a quienes recibían la formación inicial en sus comunidades formativas, pero que necesitaban también la teología como esencial complemento de su respuesta de fidelidad. Y así hicimos los dos, repartiéndonos esta hermosa tarea de acompañar a jóvenes religiosas desde la teología viniendo así a completar lo que sus noviciados o juniorados desarrollaban con preciosa precisión.

La historia de estos años, ha ido evolucionando para bien y la cátedra de teología de la vida consagrada que puse en marcha en la Universidad Eclesiástica San Dámaso de Madrid, que sigo dirigiendo todavía, ha ido gestando un buen número de iniciativas docentes de enorme interés y constatable fruto en la vida religiosa apostólica.

Pero, de un modo creciente desde hace más de cinco años, se nos hacía llegar tanto a la Cátedra de Teología de la Vida Consagrada como a la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada, una necesidad propia en el ámbito de los monasterios de vida contemplativa: cómo hacer para ayudar también a las hermanas y hermanos que desde esa vocación necesitan una formación teológica adecuada y conforme a la llamada que han recibido en la Iglesia.

No ha sido sencillo todo este itinerario, pero hoy podemos congratularnos de ver el nacimiento de este proyecto con el que queremos humildemente dar respuesta a la petición que se nos ha hecho por parte de monjes y monjas, de obispos también, para poder salir al paso de una necesidad en el campo formativo que no suponga distracción ni traición a la llamada recibida en estos hermanos y hermanas que Dios llamó en sus respectivas familias religiosas, y cuyos claustros suponen una parte de la Iglesia particularmente querida y sentida.

3. UNA TEOLOGÍA ADECUADA A LA VOCACIÓN RECIBIDA

El Espíritu ha suscitado distintos caminos de seguimiento de Jesús. La Constitución *Lumen Gentium*, en el número 46 señala un caleidoscopio vocacional en donde las diversas maneras de seguimiento e imitación del Señor representa el gran testimonio que la vida consagrada ha dado y sigue dando en su Iglesia: «Pongan, pues, especial solicitud los religiosos en que, por ellos, la Iglesia demuestre mejor cada día a fieles e infieles, el Cristo, ya sea entregado a la contemplación en el monte, ya sea anunciando el Reino de Dios a las multitudes, o curando enfermos y heridos y convirtiendo los pecadores a una vida correcta, o bendiciendo a los niños y haciendo el bien a todos, siempre obediente a la voluntad del Padre que le envió»¹¹.

Estamos, pues, ante una diversificación de modos, de testimonios, que representan los distintos carismas que el Espíritu Santo ha ido suscitando y manteniendo en la Iglesia a la hora de seguir a Jesús. Habría muchos fragmentos que en su unidad representan el todo de este múltiple testimonio. El todo en el fragmento y en cada fragmento ver reconocible la unidad del todo, podríamos decir parafraseando al gran teólogo Hans Urs von Balthasar¹².

Y es así como un Padre de la Iglesia señalaba los dones del Espíritu Santo que es quien suscita los diversos carismas: «El agua de la lluvia baja del cielo. Baja siempre del mismo modo y forma, pero produce efectos multiformes. Uno es el efecto producido en la palmera, otro en la vid y así sucesivamente, aunque sea siempre de una única naturaleza y no pudiendo ser diversa de sí misma. La lluvia en efecto, no baja diversa, no se cambia a sí mis-

¹¹ CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium*, 46.

¹² Cf. H.U. VON BALTHASAR, *El todo en el fragmento. Aspectos de la teología de la historia* (Encuentro. Madrid 2008).

ma, sino que se adapta a las exigencias de los seres que la reciben y se convierte para cada uno de ellos en aquel don providencial del que necesitan. Del mismo modo también el Espíritu Santo aun siendo único y de una sola forma e indivisible, distribuye a cada uno la gracia según quiere»¹³.

También está, por lo tanto esta vocación que representa la vida que desde los primeros siglos de la Iglesia se ha venido expresando a través de los distintos caminos contemplativos que fueron surgiendo. Pero, como dice *Lumen Gentium*, «La Iglesia protege y favorece la *índole propia* de los distintos Institutos religiosos»¹⁴. Para esta peculiaridad específica, hace falta también una formación que sea adecuada. Y esto en dos sentidos: el biográfico y el carismático.

a. Sentido biográfico de esta formación

El sentido biográfico, porque cada edad está reclamando un tipo de formación específico, como la sabiduría de la Iglesia ha reconocido en su magisterio contemporáneo respecto de la formación para la vida consagrada: la formación inicial en quienes inician su discernimiento y profundización en la llamada que parece que han recibido (postulantado, noviciado, profesión temporal), y la formación permanente en quienes ya han profesado perpetua y solemnemente su consagración esponsal con Jesucristo dentro de una familia religiosa concreta.

La iniciativa *Sapientia Amoris* se presta como una ayuda tanto para un momento como para otro, pues puede servir para quienes comienzan como para quienes ya han hecho un recorrido de maduración vocacional contrastado. No hace tanto tiempo se concebía la ordenación presbiteral o la profesión religiosa de los votos perpetuos como el final de una preparación intensa para ese momento, tras el cual se inauguraba la vida entera restante sin más seminarios, noviciados ni formaciones iniciales que recibir¹⁵.

La vida nos ha ido enseñando que tras la ordenación sacerdotal o la profesión religiosa, verdaderos puntos de inflexión en la biografía vocacional de una persona, había tantas cosas por escribir, que poco a poco se han ido descubriendo en su claroscuro y agri dulce sorpresa. Tantas gracias que no habían sido recibidas aún irán llegando puntualmente; tantas traiciones que ni se imaginaban durante la formación inicial en un seminario o en un noviciado, nos han sobresaltado y vulnerado; pero también tantos retos que hemos debido afrontar a través del tiempo, han sacado lo mejor de nosotros mismos permitiéndonos crecer en los mil desafíos; es justo reconocer que incluso tantos cansancios o fracasos han querido acorralarnos con su impostura de mediocre dejadez, aburrimiento y escepticismo. Y así, luces y sombras, gracias y pecados, pescas milagrosas y redes vacías, fecundidades, barbechos y esterilidades, han ido poniendo los renglones en la historia que cada uno con su edad y circunstancia ha vivido¹⁶.

¹³ S. CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis 16 sobre el Espíritu Santo*, 12, (PG 33, 931-935) en *Catequesis*. Biblioteca Patrística, nº 67 (Ciudad Nueva. Madrid 2006) 370-371.

¹⁴ CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium*, 44.

¹⁵ Recomiendo una obra muy completa que se lee con provecho: A. CENCINI, *Árbol de la vida. Hacia un modelo de formación inicial y permanente* (San Pablo. Madrid 2005).

¹⁶ Cf. J. SANZ MONTES, *Consagrados a Dios. Formación Permanente del Clero* (Arzobispado de Oviedo. Oviedo 2011) 5-11. Ver también A. BEGHETTO (ed.), *Creceer juntos en Cristo* (Publ. Claretianas. Madrid 1990); G. CICHESSE, «La formazione spirituale e intellettuale della vita religiosa. Problemática di fondo e prospettive di rinnovamento», *Seminarium* 3 (1996) 385-404.

b. La dimensión carismática de la vocación contemplativa

El sentido carismático se refiere a que la índole propia de la vida contemplativa precisa de una propuesta especial en la formación teológica, que tiene que ver con el carisma propio que enmarca esta especial vocación dentro de la Iglesia. Porque cada camino eclesial está demandando una específica formación que puede ayudar a responder fielmente a la llamada recibida, y aquí no caben los préstamos ni tampoco las inadecuadas transferencias. Esto significa que cada itinerario vocacional debe acertar con la formación teológica que más le corresponda. En este sentido, José Cristo Rey aboga por la complementariedad vocacional a partir de lo que de común y genuino tenemos todos los cristianos: “las teologías sobre el laicado, sobre la vida religiosa y sobre el ministerio ordenado deberían partir de una teología fundamental de la vocación cristiana sin distinciones. Sólo después puede plantearse y entenderse la identidad teológica de las diferentes vocaciones cristianas y sus mutuas relaciones y complementariedad. La cuestión de fondo no debe ser la colaboración, sino, ante todo, la interrelación y complementariedad, la *mutua relatio*, en el ámbito de la existencia cristiana y de la misión”¹⁷.

Tanto es así, que dentro del documento vaticano que aborda la formación de la vida consagrada, hay unas preciosas indicaciones sobre la que de modo específico se debe ofrecer a quienes han sido llamados a la vida contemplativa. En efecto comienza con una doble cita que enmarca con precisión a quién se está refiriendo: «Los institutos que se ordenan íntegramente a la contemplación, de suerte que sus miembros vacan sólo a las cosas Dios en la soledad y el silencio en asidua oración y gozosa penitencia, mantienen siempre por mucho que urja la necesidad del apostolado activo, un puesto de elección en el Cuerpo místico de Cristo cuyos “miembros no desempeñan todos la misma función” (*Rom* 12, 4). Ofrecen, en efecto, a Dios un eximio sacrificio de alabanza. Ilustran al pueblo de Dios con frutos abundantes de santidad. Lo arrastran con su ejemplo y procuran su crecimiento con una misteriosa fecundidad apostólica. Ellos son así el honor de la Iglesia y una fuente de gracias celestes” (PC 7). En el seno de una Iglesia particular, “su vida contemplativa es su primero y fundamental apostolado, porque según un designio especial de Dios, es su modo típico y característico de ser Iglesia, de vivir en la Iglesia, de realizar la comunión con la Iglesia, de cumplir una misión en la Iglesia” (CIVCSVA, *Dimensión contemplativa de la vida religiosa*, Ciudad del Vaticano 1980, 26 y 27; cf. nota 9 introducción)»¹⁸.

Esto enmarca el tratamiento especial, que por ser una vocación especial entre las que componen las diversas formas de seguimiento carismático de Jesús en la Iglesia, reclama precisamente un modo distinto de aplicar los principios generales sobre la formación inicial y la formación permanente a la que se refiere este documento vaticano pensando en el conjunto de la vida consagrada.

Sapientia Amoris, la sabiduría del Amor, es el título que encuadra esta iniciativa, dando así una perspectiva propia al estilo teológico que pretendemos ofrecer a cuantos han sido llamados a la vida contemplativa. El carácter propio de este camino vocacional cristiano, nos obliga a un especial acierto en el método a proponer para profundizar en la teología. Si la fe es, en el célebre aserto de san Anselmo de Canterbury, una inteligencia que busca comprender (“*Fides quaerens intellectum*”), esta fe debe aprovechar también para su comprensión el dato de una teología inteligente. Pero aquí el adjetivo “inteligente” no debe ser considerado sín-

¹⁷ J.C.R. GARCÍA PAREDES, “Identidad teológica y complementariedad vocacional en la Iglesia. Laicos y religiosos en la única Misión Eclesial”: *Confer* 110 (1990) 348. Cf. H. U. VON BALTHASAR, *Estados de vida del cristiano* (Encuentro. Madrid 1994) 271–290.

¹⁸ CIVCSVA, *Potissimum institutioni. Orientaciones sobre la formación en los institutos religiosos*, n. 73.

nimo de docto, erudito, abstracto. Se trata de leer por dentro (*intus legere*) lo que la reflexión teológica con su método pretende acercarnos sobre el Misterio de Dios. No hay rivalidad entre la cultura que ilustra nuestra inteligencia y el deseo de Dios que alimenta nuestra fe, como bien decía el Padre Jean Leclercq monje benedictino que trabajó especialmente en la teología monástica medieval¹⁹.

En este sentido, afirmaba el Papa Benedicto XVI que la teología más honda es la que abre la inteligencia hacia una verdadera sabiduría del corazón. Así decía en una de sus catequesis al explicar la relación que existe entre la razón y la fe, a propósito de la teología monástica: «cuando el amor vivifica la dimensión orante de la teología, el conocimiento que adquiere la razón se ensancha. La verdad se busca con humildad, se acoge con estupor y gratitud: en una palabra, el conocimiento sólo crece si ama la verdad. El amor se convierte en inteligencia y la teología en auténtica sabiduría del corazón, que orienta y sostiene la fe y la vida de los creyentes»²⁰.

La formación integral de cualquier camino en la Iglesia, empezando por la incipiente catequesis que ofrecemos a los niños y jóvenes, tiene esta impronta teológica aunque debidamente adaptada a sus destinatarios. Lógicamente, no puede faltar en este sentido, una formación teológica para las personas que han sido llamadas a la vida consagrada, y así lo recuerda la Iglesia: «atenta a las condiciones de nuestro tiempo y bajo la guía del Señor, la Iglesia se ve continuamente invitada a procurar, en orden al crecimiento del Cuerpo de Cristo, la formación de los propios miembros»²¹. Y cuanto se dice de la vida consagrada en su conjunto, se afirma también respecto de los institutos llamados a la vida contemplativa²². Esto explica la estima y la alta valoración que la Iglesia siempre ha hecho de este camino cristiano al que Dios llama a alguno de sus hijos: «los que son llamados a la vida específicamente contemplativa son reconocidos como *uno de los tesoros más valiosos de la Iglesia*. Gracias a un carisma especial, *han elegido la mejor parte* (Lc 10,42), esto es, la de la oración, el silencio, la contemplación, el amor exclusivo de Dios y la dedicación total a su servicio... *La Iglesia cuenta muchísimo con su aportación espiritual*»²³.

4. LA TEOLOGÍA ESPONSAL, LA TEOLOGÍA DEL CORAZÓN

Proponemos una teología del corazón²⁴ que permita entender la sabiduría del amor, de la que de modo especial los místicos y teólogos santos han dado precioso testimonio. Pero se

¹⁹ Cf. J. LECLERCQ, *El amor a las letras y el deseo de Dios. Introducción a los autores monásticos de la Edad Media* (Sígueme. Salamanca 2009) 317-336.

²⁰ BENEDICTO XVI, *Audiencia general de los miércoles*. 28 octubre 2009.

²¹ CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA (CIVCSVA), *La colaboración entre los institutos para la formación* (1999) n. 1.

²² Cf. CIVCSVA, *Potissimum institutioni. Orientaciones sobre la formación en los institutos religiosos* (1990) n. 72-73.

²³ SCRIS, *La dimensión contemplativa de la vida religiosa*, n. 25.

²⁴ Es la definición que Benedicto XVI daba al presentar los dos modos de hacer teología dentro del debate medieval: « las características principales de la teología monástica y de la teología escolástica del siglo XII, que podríamos llamar, en un cierto sentido, respectivamente, “teología del corazón” y “teología de la razón”. Entre los representantes de una y otra corriente teológica tuvo lugar un amplio debate, a veces encendido, simbólicamente representado por la controversia entre san Bernardo de Claraval y Abelardo. Para comprender esta confrontación entre los dos grandes maestros, es bueno recordar que la teología es la búsqueda de una comprensión racional, en cuanto sea posible, del misterio de la Revelación cristiana, creídos por la fe: *fides quaerens intellectum* – la fe busca la inteligibilidad – por usar una definición tradicional, concisa y eficaz. Ahora, mientras que san Bernardo, típico representante de la teología monástica, pone el acento sobre la primera parte de la definición, es decir, en la *fides* - la fe, Abelardo, que es un escolástico, incide sobre la segunda parte, es decir, sobre el *intellectus*, sobre la comprensión por medio de la razón» [BENEDICTO XVI, *Audiencia general de los miércoles* (9 noviembre 2009)].

trata de una teología para la vida dentro de la vocación contemplativa a la que algunos cristianos han sido llamados²⁵. No serviría un tipo de teología de carácter especulativo o apologético, que no se corresponda con el carácter sapiencial y sponsal de quienes tienen una vocación de escucha y adoración dentro de la Iglesia. Así sugería Benedicto XVI al respecto de este modelo teológico que aquí nos proponemos ofrecer, el que tiene en cuenta «una íntima actitud orante, que debe preceder, acompañar y completar el estudio de la Sagrada Escritura. Puesto que, en resumidas cuentas, la teología monástica es escucha de la Palabra de Dios, no se puede dejar de purificar el corazón para acogerla y, sobre todo, no se puede dejar de encenderlo de fervor para encontrar al Señor. Por consiguiente, la teología se convierte en meditación, oración y canto de alabanza, e incita a una sincera conversión. No pocos representantes de la teología monástica alcanzaron, por este camino, las más altas metas de la experiencia mística»²⁶.

El hombre es un ser que por naturaleza está abierto a la búsqueda, tiene una innata capacidad de salir de sí para llegar a la perfección a la que no sabe renunciar, a la que no podría renunciar. Así se abre en él, sea cual sea su edad o su circunstancia, el anhelo de abrazar una belleza, una verdad, una bondad que no dependen de él, pero que todo su ser está buscando con naturalidad.

La teología forma parte de esta exigencia del corazón humano, porque la pregunta que nos anida tiene que ver directamente con el Misterio del que somos peregrinos, cuya búsqueda nos constituye en mendigos de la belleza, la verdad y la bondad a la que antes nos referíamos. Es la santa inquietud de la que el gran san Agustín hablaba en el libro de sus Confesiones: «nos hiciste Señor para ti, e inquieto estará nuestro corazón hasta que descanse en ti»²⁷.

Sea cual sea nuestra vocación humana y eclesial, no podemos fugarnos de esta apertura ni de esta búsqueda. Y en el recorrido biográfico de cualquier persona, debe incluirse esta santa y saludable tensión: «para el hombre consciente la búsqueda siempre llega a ser “espera”, pues en su mismo itinerario se va haciendo cada vez más cierto que su meta final se podrá sólo recibir. Por eso se la espera, sabiendo que nunca es demasiado tarde, que puede surgir en el último segundo, y que la estatura del hombre, de su razón y de su libertad, de todo su afecto, se manifiesta plenamente en esta espera»²⁸.

Por este motivo, la espera culmina en la plenitud de encontrarse con lo esperado, que este caso es encontrarse con El esperado. Como nos recuerda Benedicto XVI, así cifraba san Bernardo el único fin que propiamente debería tener la teología: «promover la experiencia viva e íntima de Dios. La teología es por tanto una ayuda para amar cada vez más y mejor al Señor, como recita el título del tratado sobre el *Deber de amar a Dios (De diligendo Deo)*. En este camino, hay diversos grados, que Bernardo describe detalladamente, hasta el culmen, cuando el alma del creyente se embriaga en las cumbres del amor. El alma humana puede alcanzar ya en la tierra esa unión mística con el Verbo divino, unión que el *Doctor Mellifluus* describe como “bodas espirituales”. El Verbo divino la visita, elimina las últimas resistencias, la ilumina, la inflama y la transforma. En esta unión mística, ésta goza de una gran serenidad y dulzura, y canta a su Esposo un himno de alegría»²⁹.

²⁵ Cf. J. SANZ MONTES, «*Illum totaliter diligas*» (3 EpAg 15). *La simbología sponsal como clave hermenéutica del carisma de Santa Clara de Asís*. (Antonianum. Roma 2000) 529 págs.

²⁶ BENEDICTO XVI, *Audiencia general de los miércoles* (28 octubre 2009).

²⁷ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, 1 (Bac. Madrid 2013) 79.

²⁸ G. RICHI, «Yo lo espero», en ID. (ed.), *La búsqueda de Dios, fuente de la cultura* (Facultad de Teología San Dámaso. Madrid 2010) 10.

²⁹ BENEDICTO XVI, *Audiencia general de los miércoles* (9 noviembre 2009).

ESQUEMA DE LA FUNDAMENTACIÓN TEOLÓGICA CONTEMPLATIVA

En este primer volumen de la colección *Sapientia Amoris*, verdadera primera entrega de otros 23 volúmenes que vendrán sucesivamente, he tratado de cuidar lo que podemos denominar una larga introducción en clave teológica a esta forma de vida consagrada que coincide con la llamada contemplativa. Junto a la parte metodológica y a la antología de textos, completa este primer libro de esta nueva colección.

1. FORMACIÓN PARA LA VOCACIÓN CONTEMPLATIVA EN LA IGLESIA

- 1.1. La Formación: una ocasión de gracia y crecimiento integral
- 1.2. Un itinerario de renovación para la vocación contemplativa en la Iglesia.
- 1.3. La eterna novedad cristiana
 - 1.1.1. El elemento antropológico de la vida como vocación: Volver a las preguntas
 - 1.1.2. Relato de un encuentro: la experiencia personal de la fe o la vida abrazada por Cristo en su encarnación
 - 1.1.3. La Iglesia, lugar de la comunión con Cristo o descubrir el sentido comunitario de la fe

2. FUNDAMENTOS DE LA TEOLOGÍA PARA LA VIDA CONTEMPLATIVA

- 2.1. Discipulado cristiano en la *imitatio* y *sequela Christi*
- 2.2. Elementos comunes de la espiritualidad contemplativa
- 2.3. Núcleos esenciales de la vida consagrada contemplativa
 - 1.1.1. El monasterio como memoria y nostalgia de una casa
 - 1.1.2. La Clausura y su significado
 - 1.1.3. La dimensión contemplativa de la vida consagrada. Una aproximación desde la Exhortación Postsinodal *Vita Consecrata*
 - a) La gracia de contemplar a Dios: consagrados para escuchar y adorar la Belleza de la Trinidad.
 - b) La gracia de recibir hermanos: convocados para ser testigos vivos del amor de Dios que se ha contemplado
 - c) La gracia de colaborar en la obra de Otro: enviados para fructificar lo que hemos visto, oído y compartido en Dios
- 2.4. La contemplación como dimensión esencial de la vida consagrada en la Iglesia

Tal y como concluyo esta aportación en el primer volumen de la colección *Sapientia Amoris* dedicado a la fundamentación teológica de la vida contemplativa, estamos ante una vocación especial y muy querida que es preciso saber acompañar. Juan Pablo II decía en la Exhortación *Vita Consecrata*, que quienes han sido llamados a consagrarse a Él «se convierten en una de las huellas concretas que la Trinidad deja en la historia, para que los hombres puedan descubrir el atractivo y nostalgia de la belleza divina»³⁰. Ser huellas de la Trinidad, las que Él mismo ha dejado marcadas en nuestra vida cuando nos ha mostrado su misericordia y ternura. Nuestra fe en el Dios en quien creemos no es la adhesión a una rara divinidad, tan extraña como lejana, sino que creyendo en Él creemos también en nosotros, porque nosotros –así lo ha querido Él– somos la difusión de su amor creador. Amarle a Él es amarnos a noso-

³⁰ JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 20.

tros. Buscar apasionadamente hacer su voluntad, es estar realizando, apasionadamente también, nuestro mejor proyecto pensable. Desde que Jesús vino a nosotros y volvió al Padre, Dios está en nosotros y nosotros en Dios... como nunca y para siempre, “todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt 28,20).

En la Iglesia hay una vocación particularmente atenta a esta mirada sobre Dios y a este dejarse mirar por Él. Los monjes y las monjas contemplativos son, en sus respectivos claustros, quienes nos recuerdan radicalmente al resto de los cristianos la Belleza de Dios y nuestra vocación última de abismarnos en Él para poder testimoniarle de mil modos. Ellos representan unos iconos vivientes de la Santa Trinidad al tiempo que nos recuerdan a todos que también nosotros estamos llamados a serlo desde nuestra vocación específica. La palabra creadora de Dios que los contemplativos escuchan en su silencio monástico, es la misma palabra que quienes llamados a una vocación apostólica anunciarán en los caminos; la presencia amiga y misericordiosa de la Trinidad que ellos adoran y celebran en su soledad claustral, es la misma presencia que otros deberán anunciar como buena noticia en las encrucijadas del mundo. Unos y otros formamos parte de la misma Iglesia de comunión, pero unos y otros nos ayudamos siendo lo que debemos ser en nuestro surco concreto.

Mirar a la Trinidad y mirarnos en Ella, transformándonos en la familia de los hijos de Dios, haciendo un mundo y una historia que tengan el calor y el sabor de ese Hogar en el que eternamente habitaremos: en una compañía llena de armonía y de concordia, en una esperanza nunca violada ni traicionada, en un amor grande y dilatado como el Corazón de Dios. A esto se orienta esta iniciativa de formación integral, que con una teología sapiencial y sponsal tratamos de ofrecer desde la Cátedra de Teología de la Vida Consagrada de la Universidad Eclesiástica San Dámaso (Madrid) con la colaboración de la Comisión Episcopal de Vida Consagrada de la Conferencia Episcopal Española.

+ Fr. Jesús Sanz Montes, ofm
Arzobispo de Oviedo
Director de la Cátedra de Teología de la Vida Consagrada
Universidad Eclesiástica San Dámaso